

Alrededor de la Guitarrita

Ni en són de crítica ni por afán de ilustrar escribo estas líneas en respuesta a un fervoroso artículo que el señor Julio Morales Lara publica en el número anterior de ELITE bajo el título de "Elogio del Cuatro Venezolano". Dice así Morales Lara: "Nuestra pobre guitarrita con su genuina procedencia criolla y al igual que todas nuestras cosas humildes, no ostenta etiquetado extranjero y como tal estaba condenada a sufrir el descrédito y el triste catalogamiento de plebeya y vulgar. Todo porque no le debía nada a nadie. Se presentó a la vida sola, sin padrinos y sin recomendaciones. Nadie sabía de dónde procedía ni cuál el oscuro rincón de su nacimiento".

Siendo ELITE una revista que circula profusamente y tenida como órgano de buena parte de nuestra mentalidad, conviene que se sepa en el país y fuera de él que no todos opinamos como el señor Morales Lara, considerando como invento venezolano el cuatro o guitarrita, popular en España desde antes de la venida de Colón.

La guitarrita es, por adopción, un instrumento venezolano, como lo son las maracas y el furruco, por el favor que le dispensan las clases populares; pero no quiere esto decir que esté ni haya estado nunca sufriendo el *descrédito*. En nuestra música de baile, que es excelente e interpreta magistralmente las composiciones de los mejores maestros europeos, como Strauss, Waldteufel, Ganné y otros y las de los criollos Díaz Peña, Gutiérrez y muchos más, cuya fama ha llegado al extranjero, figura preferentemente la guitarrita y en el hogar venezolano, plebeyo o aristocrático, la cultivamos cariñosamente cuantos no llegamos a dominar la técnica un poco más complicada de su madre, la guitarra grande que llamamos española, aun cuando no lo sea menos la guitarrita, su modesta reducción, que ha debido llegarnos junto con ella.

¿Por qué vamos a declararnos ignorantes del origen de la guitarrita? ¿No es ella una copia fiel de la guitarra, nacida de la cítara, llamada también vihuela, que durante siglos no tuvo, como el violín, sino cuatro cuerdas? ¿Es acaso un desconocido para los que cultivamos la literatura, Vicente de Espinel, llamado por Cervantes "el mejor amigo de Apolo", quien, alrededor del año de mil quinientos ochenta, le añadió una quinta cuerda, por lo cual mereció aplausos de Lope de Vega, insigne guitarrista también? Por ser Espinel el inventor en la métrica de la décima o *espinela* y autor, entre otras, de las novelas *La Pícaro Justina* y *La Vida y Aventuras del Escudero Marcos de Obregón*, amén de excelentes versiones de Horacio, era muy conocido y sus historiadores no pasaron en silencio la mejora que introdujo en la guitarra; no sucedió igual cosa con el que le añadió la sexta cuerda, cuyo nombre no citan los historiadores corrientes, que son los que conozco.

En España, desde tiempo inmemorial, se usa la guitarra pequeña y como en el Oriente venezolano lleva cuatro o cinco cuerdas. En Aragón, donde adquirí la

más hermosa y antigua que poseo, típico *cuatro*, casi tan grande como una guitarra, se la llama guitarrico, guitarro o tiple. La he encontrado en Cataluña con el nombre de guitarreta y en Andalucía con el de guitarriño o tiple.

Opino que llegó a nuestras costas formando parte importante del equipaje de algún trovador andariego convertido en conquistador de estas tierras. Su poco costo y fácil manejo la pusieron pronto al alcance de muchos aficionados e igual motivo le ha conservado, a través de los siglos, esa popularidad que induce al señor Morales Lara a darle el merecido título de *instrumento nacional*.

Si aquí vino con Cristóbal Colón y los Pinzones, no es extraño que a Filipinas fuese algunos años después con Magallanes y Elcano, que se aclimatara allí y llegase hasta esas islas Sandwich o Hawaii que hoy nos la envían, reducida en tamaño, con temple distinto, en unión de la guitarra grande, aumentada en volumen de caja armónica y cuerdas, que en aquella región se ha convertido en artefacto local y al són de *hula-hulas* y *blues* afro-americanos recorren el mundo dominado por la obsesión del *jazz*. En las islas del Pacífico que Bougainville, sugestionado por la hospitalaria belleza de las cobrizas indígenas, llamó Nueva Citerea, reina la diminuta guitarrita, hermana de nuestro *cuatro*, *cuatro* también por su estructura y número de cuerdas y hoy, en el propio Madrid, se deja oír el *ukelele* con igual éxito que el *güiro* de Cuba, hermano de nuestras maracas, tapanitas bullangueras que han logrado abrirse paso y triunfar en la música bailable del universo.

Comparto con todos sus oyentes la admiración que inspira el talento musical de Leoncio Narvarte, que eleva la guitarrita a la categoría de bandolín, digno de la consagración de un concierto veneciano, de esos que para siempre nos dejan en la memoria la ambición de no pasar a mejor vida sin gozar otra noche de luna sobre las ondas del Gran Canal, arrullados por la caricia de las bandurrias y el canto voluptuoso de los *divos* callejeros, no menos aplaudidos que los artistas consagrados por la fama mundial, pues para el italiano amante de la música, vale tanto cantar bien *Santa Lucía lontana* como ser tenor de la Scala, donde la acústica presta a la voz sonoridades que no brindan la noche estrellada y la bóveda incomensurable. Aplaudiendo a Narvarte, como cuando he oído a Segovia y a Raúl Borges, me siento en presencia de artistas excepcionales que logran efectos para los cuales no fueron contruidos ni la guitarrita ni la guitarra y convencido de mi incapacidad de imitarlos siquiera, me quedo en mi categoría de tañedor criollo que guarda como añoranza de su infancia en el campo, de sus andanzas de soldado y de las temporadas a la sombra, *de orden superior*, las *pisadas* elementales que bastan para el *corrido*, el *golpe llanero* y el acompañamiento campañado de música bailable.

S. BARCELO.